

había llegado hasta las aras del sacrificio y visto en su camino abrirse muy cerca las puertas del sepulcro. Más reservado todavía que en la Convención, estuvo el general entre los jacobinos. La sociedad madre no podía desasirse de los obsequios prestables á quien acababa de triunfar en representación y nombre del pueblo francés y acababa de hacer huir á su presencia los Reyes. Pocas veces vióse tan llenas y concurridas, no solamente las salas de sesiones, las cercanías del club. Caballeros que dejaban en aquella noche única sus cabalgaduras á la puerta en poder de sus lacayos; trenes riquísimos ocupados por hermosas mujeres, las cuales aparecían vestidas de corte como si fuesen á un viejo besamanos; legiones de periodistas anhelosos por oír todo cuanto se decía y pasaba en aquellos espacios; muchedumbres en tal número que parecía París mayor que el usual y ordinario; y allá en último término la plebe muy exaltada, muy neurótica, muy nerviosa, dando vivas á todos los objetos predilectos de su colectivo corazón y produciendo un coro, como los coros de Valmy, con las estancias del himno marsellés entonado por millares de voces. Nada tan poco dispuesto á entender al general y con él entenderse, como el alma de aquella sociedad, como el alma de Robespierre. Así no se presentó el tribuno en aquellas reuniones temeroso de contaminar su casta y pura virginal democracia, con el violento y brutal pretorianismo. Dantón, enterado de todo, dispuesto á todo, resuelto por todo, alma expansiva y generosa, decidió presidir la sociedad madre de la revolución en tal momento, temiendo faltasen los exaltados al general victorioso, y convirtiesen un triunfo de la revolución, en triste desastre de todos los revolucionarios. La posición del jefe de los franciscanos, jamás fué clara y explícita. Muy conservador, muy gubernamental, muy amigo de las concordias arriba, muy enemigo de los desórdenes abajo, deseoso de que le prestasen obediencia como todos los que saben gobernar y mandar, no tenía más que instrumentos demagógicos en sus manos, los cuales instrumentos se le hubiesen roto, si no escondía su espíritu de templanza bajo alardeos demagógicos. Así tuvo que alabar mucho á Dumouriez en magistral discurso pronunciado con tanta elevación como elocuencia; y para que tales alabanzas no le suscitaran grandes enemigos, tuvo que reconvenirle un poco por dejar sin la correspondiente persecución, al Rey de Prusia. Más concretos fueron los cargos del orador jacobino que subsigió á Dantón, más acerbadas las censuras; todo aquello á la postre, no dió resultado, por no poder volverse la República, de ningún modo, contra quien le llevaba los ejércitos á la victoria y le salvaba la integridad del territorio. Dumouriez conoció las dificultades que podían suscitarle una larga permanencia en los jacobinos; y así que pudo zafarse de sus incómodos homenajes, tomó las de Villadiego jurando no volver jamás á la sociedad madre, que mucho había en otras ocasiones frecuentado. Esta facilidad de pasar por sitios tan peligrosos para él como la Convención y los jacobinos, sin arredrarse por nada y sin exponerse á ningún desacato, prueban cuánto de hábil en aquel hombre había y cómo estimaba las circunstancias y acertaba muy bien á sortearlas.

cuando podían serle adversas. Pero si en todas las particularidades varias de aquella visita peligrosa el general acertó, no supo salir con la suya en la obra magna de reconciliar los girondinos con los franciscanos, de meter á Dantón y á Vergniaud dentro de un saco, pues las mutuas cóleras habían sugerido en unos y en otros mutuas calumnias, generado recelos y odios, que no podían en manera ninguna conjurarse, y que se separaban en separación irreductible, los dos grandes factores del gobierno, Dantón y Roland, los cuales tenían á su derecha un peligro tan inminente como el árido Robespierre, y á su izquierda, un peligro tan asqueroso, como el infame y protervo Marat. Vergniaud y Dantón reunidos, Roland y Desmoulins reconciliados, constituían una serie de factores para el gobierno, que no podía en parte alguna encontrarse, dadas las exageraciones y los apasionamientos que por do quier dominaban.

Lo más justo, lo más necesario, lo más lógico, la unión estrecha entre Dantón y Roland, indispensable para contrastar tantos enemigos interiores como la república tenía, no pudo realizarse, primero por incompatibilidad de humores entre los coasociables, después por las adversas circunstancias. No bastaba con sospesar las dificultades opuestas á la situación republicana por los reyes coligados; ni con desbandar los ejércitos amenazadores de las fronteras y con poseer unas jóvenes legiones tan dispuestas á los esfuerzos del combate como á las resignaciones del martirio; necesitábase unir los elementos de gobierno para que sirviesen de seguro á las nuevas instituciones y moderasen un tanto su precipitada vertiginosa carrera. Mucho le costaba indudablemente á Madame Roland, entenderse con el general Dumouriez, pero le costaba mucho más todavía, entenderse con el tribuno Dantón. No solamente daba crédito al sinnúmero de calumnias esparcidas contra el gran estadista por sus numerosos enemigos, juzgábalo por sí misma y lo creía venal, vicioso, corrompido, inclinado á todas las sensualidades, en abierta lucha con todas las virtudes; brutal, grosero, mal educado, no perdonándole de ninguna manera, que un día en plena Convención, hubiera puesto con su nombre, la persona y nombre de su marido en ridículo. Pero así como las circunstancias juntaron á Dantón y á Roland en las cumbres del gobierno, las circunstancias también los juntara, en las decepciones del general. Con efecto, celebrábase una gran fiesta de teatro para honrar y enaltecer á Dumouriez. En esta gran fiesta de teatro, Madame Roland, muy amiga del fausto y del renombre, contaba presentarse junto al héroe de la fiesta, como una especie de fianza tanto para mostrar sus ideas republicanas, como para mostrar su pública moralidad, aunque ni en una ni en otra, la soberbia mujer creyese. No quería entrar en el mismo palco donde se hallaba el héroe de la fiesta, quería sólo estar en el palco próximo, para destacarse de su lado y reinar un poco aparte. Con efecto, si aquella festividad hubiese podido reunir á Dantón que representaba la fuerza de los franciscanos, á Desmoulins que representaba la gracia, juntos con el vencedor circuido por la victoria de su esplendente aureola, con el publicista

Brisot que dirigía y amañaba la Gironda, con el austero Roland, con el melodioso Vergniaud, todos presididos por la mujer incomparable que parecía una estatua de la república, el verdadero culto republicano hubiera crecido mucho en los corazones y las gentes más adversas al nuevo régimen, le hubieran abierto un crédito de seguridades múltiples y fundadísimas esperanzas. Pero la suerte lo había dispuesto de otra manera. Madame Roland, se vistió con su helena sencillez, se adornó con una severidad estoica que no excluía la gracia y se fué al teatro seguida de su espiritual corte y segura de un verdadero triunfo. Con efecto, llegada en el momento más crítico, cuando todos los ojos al protagonista de aquel momento se convertían, y él se levantaba para recibir el homenaje de los aplausos y aspirar el incienso de la universal adulación, Madame Roland abre con estruendo la puerta del palco que creía designado á su persona y en vez de hallarlo vacío, lo encuentra lleno con el gigantesco Dantón y dos señoras bastante ordinarias por su aspecto y que la musa de los girondinos tomó, no por aquello que en realidad eran, dos señoras de la familia del orador, tomolas por dos compañeras de las huelgas, de las orgías, de los placeres, que sus resentimientos y sus venganzas atribuían é imputaban de antiguo á Dantón. El desencanto no pudo ser mayor. Cuando imaginara un sitio reservado para ella sola y apercebido á servirle de verdadero escenario, hállase con que lo llena el enemigo de toda su vida, con el cual podía juntarse por políticas razones, pero no podía confundirse de manera ninguna, en actos públicos y solemnes. Madame Roland retrocedió, y al retroceder impelida por una causa tan baladí como el hallar ocupado su palco, llevóse la ruptura del Convenio recién esbozado entre Dumouriez, Dantón y la Gironda. En cuanto el tribuno llegó á saber lo que sucedía, bien opuesto á sus deseos, arguyó de incapacidad á los girondinos para tener una política seria, mientras tuviesen á su lado, mejor dicho, á su cabeza, una mujer neurótica. Y esta observación, abrió mucha mella en el ánimo de Dumouriez. Aun podía esperarse alguna transacción y transigencia entre antiguos estadistas hechos á entenderse después de grandes combates y á salvarse juntos, cuando juntos son víctimas de peligrosas amenazas; pero nadie podía rendir el orgullo de Madame Roland, nadie conjurar supersticiones nacidas de su temperamento nervioso, nadie imbuirle un espíritu de conciliación incompatible con los apasionamientos y los entusiasmos de su sexo: la fiesta solemne apercebida por los conciliadores para obtener la inteligencia entre Dantón y Roland, no había hecho sino ahondar el abismo que los separaba, como con brazo de la eternidad. Dumouriez poco republicano, adquirió aquella noche la convicción tristísima, de que una república trabajada por tales discordias, no podía durar.

Así, fué precipitando en cuanto pudo su regreso al ejército, y granjeándose por todos los medios imaginables, pertrechos, municiones y viveres para la guerra. Favoreció mucho su trabajo, en este sentido, un oportuno cambio de ministro. Desempeñaba todavía en tal

sazón el departamento militar de la situación republicana un hombre perteneciente al primer ministerio girondino, cuya despedida costó la revolución á Luis XVI, un hombre como Servant. Exacto, puntualísimo, trabajador incansable, leal á su escuela y á su causa, pródigo en acorrer á las tropas, pronto siempre á proveer el sustento y el vestido de éstas, gran observador de la disciplina, gran tradicionalista en el credo militar, no obstante su radicalismo y sus innovaciones, habíase cansado de administrar la guerra y pedía el generalato de las gentes colocadas en las fronteras pirenaicas, para defender á Francia y á la república de una irrupción española. Difícil en aquellos momentos de sustituir la conspicua persona de Servant, compañero de glorias y fatigas con todos los girondinos, en las aventuras y empresas del último semestre del noventa y dos. Pero Roland, siempre que tenía un favorito á manc, encaramábalo por las alturas, sin preveer ni presentir, cómo éstas, con los vértigos que sugieren, cambian las complexiones, y las índoles, y las naturalezas, y los caracteres de cuantos abajo aparecen como sumisos y humildes. Entre los favoritos de Roland hallábase un redomado hipócrita, conocido con el nombre de Pache, quien, teniendo uñas muy largas y malicias muy profundas, ocultábalas con disimulo, hasta que las circunstancias le permitieran sacarlas á luz y esgrimirlas en sus mismos protectores. Educado en Suiza Pache, vestido á lo cuáker como su maestro y modelo Roland, económico en sus gastos, frugal en sus costumbres, mártir del trabajo, hasta llevarse á sus oficinas un toscó mendrugo, que le facilitara el no salir á comer, y hasta pasarse las noches en vela, por tal modo se captara el ánimo y el espíritu de Roland, que, si no lo creía éste un hombre á lo Plutarco, por lo menos, creíalo un hombre á lo Franklin. Pero Pache, disimulado y embustero, guardábase muy bien de revelar quién era y lo que era, mostrándose cuidadoso de la escala por donde á lo alto debía subir, con la reserva siempre de menospreciarla en cuanto no le sirviera para sus medros y para sus ascensiones. Las muletas de Sixto V se repiten aquí en corto grado. Segundo de Roland, cobachuelista en Gobernación, jefe de un negociado, que le tenía metido en papeles y expedientes sin fin, no levantó cabeza para mirar á nadie, no hizo á los mandatos observaciones, no se ufano y engalló hasta que tuvo un puesto tan eminente como el ministerio de la Guerra, en reemplazo y sustitución de Servant. Idó tan arriba, debió pensar que la Gironda declinaba, y debió creer que á su egoísmo implacable y á sus intereses personales propios, convenía preparar los hechos, y ser el primer traidor de una causa en decadencia. Pache soltó pluma y lengua contra sus protectores; congregó en torno suyo los corifeos jacobinos; mandó emisarios á los clubs, encargados de maldecir á sus antiguos amigos; tomó parte activa en las manifestaciones más exageradas; vistió sus hijas con disfraces rojos para las fiestas cívicas de los empecatados demagogos, y fué un elemento de disolución en el ministerio, que sirviera con tanto disimulo, y de quien aceptara un cargo, tan elevado y conspicuo, como la cartera de Guerra. Dumouriez no se detenía mucho ante

consideraciones morales, y, por lo mismo, no se maravillaba mucho de los cambios súbitos y de las formas repentinas que veía en aquel político Proteo: demandábale únicamente diligencia en sus actos, devoción á su persona, recursos para el ejército, millares de zapatos y vestimentas, millones de balas, francos y más francos, todo lo conducente á mantener la disciplina y sustentar aquella juventud entusiasta, la cual no podía nutrirse dei canto de la Marsellesa, y necesitaba más positivos recursos. Con efecto, Pache, resuelto al servicio de sus enemigos y al deservicio de sus amigos, mostró, por cuantos medios estaban á su alcance, que la escuela jacobina llevaba en su ministerio la batuta, mientras los girondinos, por canoros, por cándidos, por poco expertos y poco estadistas, únicamente merecían su desprecio. Esto era lo que realmente deseaba Dumouriez. Aunque Servant lo hubiera servido mejor que Pache, prefería, con indudable preferencia, este último; porque, desasido de la Gironda y encaramado á la Montaña, no le argüía de traidor y sensual, como acostumbraban los corifeos y maestros del cenáculo de madame Roland. Así es que aprovechó la coyuntura de recoger las grandes disposiciones mostradas por Pache hacia él, muy contento de ahorrarse humillaciones penosas para todo el mundo, y más que para todo el mundo, penosas para los que desempeñan un cargo militar y tienen un militar imperio. ¿Qué le importaban las ideas de Pache, á quien sólo tenía el culto de los hechos y de los actos, como suele suceder á los heróicos esgrimidores de la guerra? El ideal no se compagina y se compadece mucho con quien profesa la idolatría del esfuerzo y presta culto al triunfo, cualquiera que sea su naturaleza y su justicia.

Dumouriez debía tener ya prisa de partirse y quedarse á solas con su ejército maravilloso. Nada tan en abierta pugna con el silencio de los campamentos, como la garrulidad de los palacios; y aunque la corte había desaparecido, aunque los caballeros del puñal emigrado, aunque los duelistas y pendencieros de marras ídose allende las fronteras, la intriga, el dolo, el embuste, las conjuras están en el carácter de las grandes poblaciones y no se alteran, aunque la monarquía llegue á trocarse en República y la República en monarquía. Algunos inconvenientes había Dumouriez tocado en su paso por París, como el arresto que necesitó para evadir un juramento nuevo á la República, como las despedidas reservas de aquella Convención, recelosa, como el siniestro silencio de Robespierre amenazador, como la presencia en los jacobinos donde le censuraban tales exaltados por no haber traído al club el Rey de Prusia entre cadenas, como las sospechas de madame Roland respecto de su republicanismo, como el desprecio de tal célebre musa en el teatro á su persona y á la persona de Dantón, como las reconvenciones amarguísimas por no haber disuelto del todo los ejércitos prusianos y librar esperanzas lisonjeras para la República en el rompimiento entre Austria y Prusia. Pero ninguna escena como la sucedida en casa de la señorita Candelle, donde se congregaba lo mejor y más granado de París, en busca y requerimiento del general victorioso. Los alrededores del palacio donde recibía